

EL RESTAURANTE ELAINE'S

En 1983 la revista New York planeaba publicar un artículo sobre el restaurante del Upper East Side Elaine's. El establecimiento era frecuentado mayoritariamente por escritores (fue «descubierto» por dos redactores de la Paris Review, Fred Seidel y Nelson Aldrich) hasta que un contingente más moderno, sobre todo de la Costa Oeste, empezó a tomar el relevo. Pero la propia Elaine —a quien a menudo llamaban la Señora Grande, como en «vamos a donde la Señora Grande a tomar la última copa de la noche»— sentía un cariño especial por la gente de letras. Siempre se sentaban en las que se consideraban mesas «buenas». Pidieron a varios de los clientes más asiduos que escribieran un artículo para la revista New York.

Al principio pensé escribir sobre la vez que un cronista inglés de la prensa rosa llamado Nigel Dempster me mordió un tobillo en Elaine's. Sentado a la mesa, estaba rompiéndose la cabeza con lo difícil que resultaba sacar a relucir material apropiado en Nueva York para su columna. De repente, se tiró al suelo y empezó a mordisquearme una pierna justo por encima del tobillo. La gente del restaurante miraba estupefacta. Hube de suponer que lo que se traía entre manos era una curiosa vuelta de tuerca del viejo dicho según el cual que «un perro muerda a un hombre» no es una gran noticia, pero que «un hombre muerda a un perro», o alguna variante de ello, sí. A lo mejor iba a introducir lo que estaba haciendo en su columna. No se me ocurrió preguntárselo. En resumen, parecía una historia demasiado desconcertante para interesar a los lectores de la revista New York, y desde luego no tenía ni desenlace ni moraleja. Así que escribí lo que sigue.

Hace un par de años, Channel 12, la cadena pública de televisión de Filadelfia, celebró una subasta para recaudar fondos en la que pusieron a la venta un amplísimo número de artículos, uno de los cuales llamaron «Salir una noche con George Plimpton». Dije a las autoridades pertinentes que no tenía ningún inconveniente en que pusieran a la venta tal cosa, pero que no creía que se pagara mucho por ella.

Unas semanas después, me llamaron por teléfono y me dijeron que un tal Jerry Spinelli había pujado y pagado cuatrocientos y pico dólares a la cadena de televisión por la «noche». Su mujer y él iban a subir a Nueva York.

Me pregunté vagamente qué hacer con ellos. Tenemos una mesa de billar en casa. A lo mejor la cosa era invitarlos a casa a tomar algo; jugaríamos un poco al billar, y luego, sin prisas, cenaríamos en algún restaurante cerca del centro —quizá en el Gallagher's Steak House—, de forma que resultara fácil asegurarse de que los Spinelli cogieran el tren de vuelta a Filadelfia a una hora razonable. No se me ocurría nada más. Había llamado a Spinelli para saber si a su mujer y a él les gustaría ir al teatro... ¿había algo concreto que quisieran ver?

—Oh, no —dijo con una extraña voz ahogada. Parecía muy tímido.

—¿Qué tal un billar? —pregunté—. ¿Le gustaría jugar un poco?

—¿Moco?

Un par de semanas después los Spinelli vinieron al piso. Llegaron a las siete.

—¿Qué tal una partidita de billar? —le dije al Sr. Spinelli. Era un hombre joven y delgado, con una sonrisa rápida y furtiva.

Mientras el Sr. Spinelli y yo echábamos una partida un tanto desganada, mi mujer se llevó a la Sra. Spinelli, que se llamaba Eileen, a enseñarle el piso. Fue entonces cuando averiguó las circunstancias de la presencia de los Spinelli. Mientras los Spinelli examinaban unos libros en la biblioteca, mi mujer tiró de mí hacia el pasillo. Susurró a toda prisa:

—Jerry Spinelli es escritor.

—¡Cielos!

—Está escribiendo una novela.

Prosiguió diciendo que, por lo visto, escribía al alba, antes de irse a trabajar, y también cuando regresaba a casa, por la noche. Últimamente la escritura no iba bien. La fatídica noche, Eileen Spinelli estaba viendo la subasta de Channel 12 —su marido tirado y agotado en el dormitorio—, y cuando pusieron en venta la «noche de Plimpton», llamó por teléfono para pujar sin pensarlo, con la idea de que si su marido tenía un «contacto» literario en Nueva York podría salir del atolladero de su carrera literaria.

—¡Dios mío!

—Para pagar esto —dijo mi mujer—, Eileen Spinelli me ha dicho que sacó casi todos los ahorros que tenían. Cuatrocientos veinticinco dólares. Dejó cinco dólares para mantener la cuenta abierta.

—¿Y qué pasó con el marido cuando se enteró?

—Se llevó un disgusto.

Miré en la biblioteca. Los Spinelli estaban hojeando un libro grande sobre la mesa de centro.

Me pregunté en voz alta si no debíamos pagar de alguna manera las deudas de la pareja con Channel 12 y hacernos nosotros mismos los donantes.

—No vivimos en Filadelfia —dijo mi mujer con sentido práctico.

—Entonces tendremos que convertir esto en una velada literaria.

—Bien.

—No va a gustarles el Gallagher's Steak House.

—No.

—Tendremos que ir al Elaine's.

Cuando les dije a los Spinelli que iríamos al Elaine's, Jerry Spinelli pareció visiblemente animado. Había oído muchas cosas del restaurante.

—¿Cree que estará todo el mundo?

Al subir allí en taxi, murmuré una plegaria para que hubiera bastante gente de letras en el Elaine's... al menos los de *Saturday Night Live*, que parecían meterse veinte alrededor de una mesa pequeña y hablar todos a la vez; si no había suerte con ellos, a lo mejor podía señalar a un par de redactores de *Esquire*, incluso si eran, en realidad, corredores de bolsa. De hecho, estaba de lo más dispuesto a hacer una concesión: a cualquiera con barba pensaba identificarlo como Donald Barthelme, el autor de relatos breves del *New Yorker*.

En el Elaine's, los sitios más buscados son lo que los enterados llaman «la línea», unas diez mesas en fila a lo largo de la pared enfrente de la barra. Cuando llegamos, eché un vistazo rápido a la línea. Me pasó por la cabeza repentinamente la fantasía de que la misma Madame Tussaud había estado trabajando una semana para dejarla lista para los Spinelli y nosotros. En la primera mesa, al lado de la entrada, estaba sentado Kurt Vonnegut con Jill Krementz. Con ellos había un hombre mayor con un ligero parecido a James T. Farrell.

—Kurt —dije. Empujé hacia delante al Sr. Spinelli—. Kurt, este es Jerry Spinelli, de Filadelfia. Jerry, Kurt Vonnegut. —Me arriesgué—. Jerry, permítame presentarle a James T. Farrell. Jerry Spinelli, de Filadelfia.

El «Sr. Farrell» estaba algo perplejo.

Presenté a Jill Krementz, y luego pasamos a la siguiente mesa.

Irwin Shaw estaba sentado allí con Willie Morris, el antiguo director de *Harper's*, y el novelista Winston Groom. Les presenté a Spinelli; hubo amables saludos con la cabeza y apretones de manos por parte de todos. En la siguiente mesa, nos detuvimos para presentarnos a Gay Talese, que acababa de publicar *La mujer de tu prójimo*, y a A. E. Hotchner, el autor de *Papa Hemingway*.

—Sr. Talese, Sr. Hotchner, permítanme presentarles a Jerry Spinelli, el escritor de Filadelfia.

Cuando oyó que lo presentaba como al «escritor de Filadelfia», el Sr. Spinelli sonrió de oreja a oreja. Pasamos a Bruce Jay Friedman, sentado con mucha gente.

—Bruce, el Sr. Spinelli, el escritor de Filadelfia.

Bruce se levantó y presentó a Spinelli a sus amigos.

Estábamos acercándonos —muy despacio, por todas las reverencias y presentaciones— a la mesa más famosa del Elaine's, la que está justo más allá de la puerta lateral que lleva a las cocinas y a la zona siberiana del restaurante, en la parte de atrás. A menudo la mesa está vacía, con un sencillo cartel blanco encima que dice RESERVADA, pero cuando no está el cartel, la mesa casi siempre la ocupa Woody Allen y su séquito. Es extraño que sea la mesa más deseada. No solo es inmediatamente contigua al tráfigo de los camareros del Elaine's cuando entran y salen a todo correr de las cocinas, sino que también está junto al camino de esa gente desdichada que se apiña en la sala de atrás, llamada oficialmente sala Paul Desmond, porque al famoso músico le gustaba la tranquilidad de allí atrás. Y por si fuera poco, la mesa de Allen está en la dirección de los lavabos. El tránsito es considerable, siendo uno de los principales motivos que los clientes van de mesa en mesa a la ida y a la vuelta. Así pues, la mesa de Woody Allen, en el confín de todo esto, es un lugar donde a uno no paran de empujarle, mientras las bandejas de ossobuco vuelan inquietantemente por encima de la cabeza, como dirigibles. Cuando está Allen allí, la gente se queda mirando en la entrada de la sala Desmond.

En el Elaine's hay una famosa norma de la casa. En un local donde ir de mesa en mesa y apiñarse hasta con los amigos más lejanos («¿Os importa que me sienta con vosotros?») es poco menos que obligado, la mesa de Woody Allen es una excepción. Incluso de camino al servicio, no se permite más que una mirada de reojo a la cabizbaja figura de Woody Allen, con los ojos clavados tristemente en el pollo a la francesa, que, según tengo entendido, es su plato favorito. Que uno le interrumpiera la comida inclinándose para decir en voz alta —«Hola, Woody, ¿cómo estás?»— sería algo insólito.

Tenía todo esto muy presente mientras nuestro pequeño grupo se aproximaba a la mesa de Allen, donde efectivamente se hallaba

el actor/escritor con varios de sus amigos. Mi primer impulso fue ceñirme al protocolo y dejar pasar la mesa para continuar hacia el rincón del fondo del restaurante, donde vi a Peter Stone, Dan Jenkins, Herb Sargent, Michael Arlen y otros que estaban a mano para las presentaciones.

Pero pensé en los cuatrocientos veinticinco dólares de Spinelli, y en el largo viaje en tren, y en los cinco dólares que se quedaron en la cuenta de ahorros, y en el manuscrito medio acabado en la caja de cartón de papel de máquina de escribir.

—Woody —dije—, perdona. Este es Jerry Spinelli, el escritor de Filadelfia.

Woody levantó la vista despacio. Fue muy teatral, como si levantara la vista de debajo del ala de un gran sombrero.

—Sí —dijo sin alterarse—. Ya lo sé.

Nos quedamos petrificados. Allen nos observó un instante, y luego regresó a la contemplación del pollo a la francesa en el plato.

Nos fuimos a nuestra mesa. Si no recuerdo mal, nos saltamos a Peter Stone, Michael Arlen y demás lumbreras del rincón. Jerry Spinelli quería hablar. No cabía en sí de gozo. Su rostro resplandecía. No estaba del todo seguro de lo que había pasado.

—¿Has oído eso? —preguntó—. ¡Madre de Dios!

Pidió una botella de vino de Soave. Blandió un tenedor y habló de Kafka. Quiso saber si conocíamos a algún agente literario. Nos habló un poco de su novela, que trataba de la vida de un muchacho. Quiso saber si Harper & Row era una buena editorial. En plena euforia, su mujer, Eileen, se volvió hacia mí.

—Hemos hecho algo horrible —me susurró—. Va a estar insoportable. ¡Le hemos consentido!

Hace tres meses, recibí una carta de Jerry Spinelli. Me decía que Little, Brown le había publicado la novela. Era una carta alegre, informal. Aunque no lo mencionaba, supe que habría querido que transmitiera un cordial saludo a la pandilla del Elaine's.